



EN EL RECUERDO Y EL AFECTO

Josefina Peña González

Posgrado de Lectura y Escritura
Facultad de Humanidades y Educación
Universidad de Los Andes
Venezuela

Conocí a María Eugenia Dubois cuando ingresé a la Facultad de Humanidades y Educación en el año 1974, supe en esos momentos que había venido del sur invitada, provisionalmente, por nuestra Universidad sin que ella misma supiera que su estadía se prolongaría por el resto de su vida, que no habría regreso a su ciudad natal porque aquí en esta ciudad, a la que tanto quería, su partida sería definitiva hacia las dimensiones desconocidas.

Percibí que era una profesora muy apreciada en el ámbito universitario, no sabía que el destino me depararía la suerte de emprender, a su lado, el riesgoso viaje por el camino de la investigación. Como compañeras de viaje compartimos unas cuantas incomprensiones de parte de quienes no aceptaban la importancia de la lectura como objeto de estudio e investigación. Su tesonera

claridad en el planteamiento del problema, de esta herramienta de aprendizaje, logró vencer las dificultades y, entonces, también compartimos el triunfo de ver cristalizarse el Postgrado de Lectura, el cual fue aprobado en todas las instancias pertinentes, el primero en Venezuela y en América Latina.

Nos formamos a su lado Stella Serrano, Begoña Tellería, Ana Luisa Angulo Margarita Pacheco y yo, porque Mary Rodríguez y Elvia Barroso, quienes también comenzaron, luego siguieron por otros exitosos caminos. En esta formación, María Eugenia era inflexible en la exigencia del cumplimiento de la tarea encomendada, con ella no había excusa posible, el trabajo estaba por encima de cualquier otro compromiso. Bajo su abrigo incursionamos en congresos nacionales e internacionales, convenciones, talleres, cursos, y a su amparo, obtuvimos el Grado Académico de Magíster Scientiae en Educación Mención Lectura. No era fácil responder a sus exigencias cada vez más urgentes, pero con ella descubrimos que dentro de cada ser humano existe un caudal de creatividad, a aceptar la crítica constructiva sin desmovernos, a seguir siempre adelante...

La formación obtenida en el campo de la lectura pronto le concedió prestigio internacional y, frecuentemente, en los últimos años de su vida era invitada por muchas instituciones, de diferentes latitudes, para llevar sus conocimientos y compartirlos profesionalmente. En estos casos, que fueron muchos, siempre me manifestaba su temor para enfrentarse al público, según ella, padecía de miedo escénico, pero al verla en un estrado de cualquier escenario nadie podría pensar que “moría de miedo”. Su palabra acertada, su preocupación por la lectura, la escritura y la formación de formadores era capaz de contagiar al más incrédulo de sus oyentes. Así quedó demostrado en la última conferencia escuchada en el 1^{er} Seminario Colombo-Venezolano sobre Investigación en Docencia, en donde haciendo gala de sus variadas lecturas de múltiples autores, se confiesa una vez más amante de la lectura, la escritura y la formación de formadores. En esta última área su preocupación se repartía entre el ser, el saber y el hacer pedagógico del docente, tres condiciones que en ella como ser humano se conjugaban armoniosamente.

Tuve el privilegio de contarme entre sus amigas, en este campo era respetuosa y afable y demostraba una exquisita ternura para entender tantas debilidades del ser físico y del ser espiritual y no dudaba en celebrar las pequeñas y grandes alegrías como en tender su mano amiga y solidaria ante las vicisitudes que el destino depara. Así, estuvo constantemente a mi lado cuando más se necesita del calor humano y, también, cuando las fuerzas me faltaban para asumir compromisos académicos al frente de la Coordinación del Postgrado de Lectura, de los cuales ella hacía honor.

Valiéndome de su disposición permanente a compartir, la invité a que tomáramos clases de piano y guitarra en etapas de la vida en que esas escaramuzas nos suavizan las aristas y alivian las durezas. Yo, principiante en ambos instrumentos, ella, con amplia base de formación musical. Por diferentes razones abandonamos nuestras agradables clases, sin embargo, ella continuó en sus estudios de piano, me aventajó y con creces. Me invitaba a compartir sus logros y celebrábamos con mucha alegría sus avances. Poco antes de marcharse me contó que ya el piano no le atraía, palabras que para mí presagiaban su pronto viaje a la eternidad.

Compartimos la lectura de muchas novelas, algunas las comentábamos, otras se quedaban sin la riqueza de sus interpretaciones; a veces teníamos retazos de nuestras vidas más interesantes para comentar. Nos contentábamos con reunirnos para charlar del tiempo, de la situación económica de ambos países, el suyo y el mío, que era también el suyo, la familia, los estudiantes y, por supuesto, siempre estaban presentes los amigos.

María Eugenia, me da la gana pensar que, en donde estés, leerás estas líneas escritas con la sinceridad y el cariño que caracterizó nuestra amistad y oír tu risa fresca salpicando la lectura con las expresiones llenas de esa pícaro y fina crítica que te caracterizaba. Para ti en el afecto sincero y el recuerdo imperecedero.

Mérida, marzo de 2008